

MAGAZINE

elmundo.es

OTROS ARTICULOS EN ESTE NÚMERO

11 de noviembre de 2007

424



Charles Baudelaire exaltó abiertamente las relaciones lésbicas en sus poemas y ello le costó una condena y el desprecio público. Pero con sus 'Flores del mal', publicado hace 150 años, se convirtió en el precursor del simbolismo e inspirador del surrealismo. Murió de sífilis.

El sexo y las lesbianas arruinaron al gran poeta

Por GONZALO UGIDOS

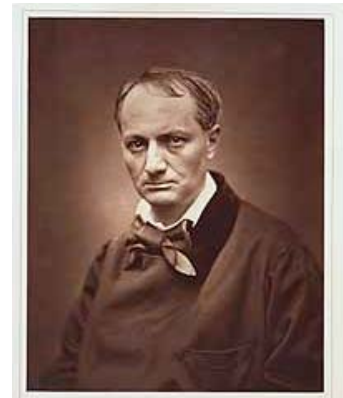
Charles Baudelaire, a pesar de haber inventado la poesía moderna, fue un tipo con mala suerte y también con mala muerte. El contraste de la vejez de su padre (que tenía 62 años cuando lo engendró) y de la juventud risueña de su madre (que tenía 27 cuando lo concibió) es el precipitado que produce Las flores del mal. La fusión en su cerebro de esos dos metales diferentes fue, según Gómez de la Serna, la causa de su martirio. A los 25 años, huérfano de padre, rebelde desgarrado y provocador insolente de su padrastro, el general Aupick, decidió convertir un azar menor en destino. Ganó el segundo premio de versos latinos en un concurso en el que participaban niños de todos los colegios de Francia, y supo que no había marcha atrás en el espinoso camino de la poesía.

Lo expulsaron del liceo Luis el Grande y mientras su padrastro ascendía a general de brigada y trataba de embriagar su temple cimarrón, Baudelaire exploraba el misterio en los versos de Alfred de Musset y en las metáforas de Aloysius Bertrand; pero también en la voluptuosidad canalla de los prostíbulos. En uno del Barrio Latino conoció a una judía llamada Sara, él la llamaba Louchette (porque era bizca) y estuvo en el origen de las desgracias del poeta porque le contagió la sífilis. En ese apunte biográfico se funda la leyenda mostrenca de su libertinaje; pero también dos temas recurrentes en su poesía: el remordimiento y los escalofríos de la muerte.

Francisco Umbral, baudeleriano confeso, dijo que «sus prontos de maldito eran prontos que se le pasaban pronto». También manifestó que «su satanismo era una conjunción equilibrada de genialidad poética y calamidad social». Exacta ecuación para quien tuvo, entre otras, la desgracia de ser uno de esos pocos sobre los que los muchos mintieron mucho para hacerlo abominable.

El esplendor y la tempestad. Mientras estudiaba en la Facultad de Derecho, catiba el esplendor de la bohemia con el muy maldito Gérard de Nerval, que se quitaría de en medio en una cloaca del callejón de La Vieja Linterna. Las malas compañías de Charles indujeron a su padrastro a embarcarlo en el paquebote Mares del Sur, en una travesía hasta Calcuta que duraría 78 meses. Así conoció las tempestades violentísimas y la majestad de los albatros que inspirarían algunos poemas que más tarde se recogerían en Las flores del mal, un ramillete inmune a las dentelladas del tiempo.

El profesor José Antonio Millán Alba, traductor de Baudelaire, afirma que hay un antes y un después de este genio, «sin él es inconcebible la poesía actual, su influencia es universal porque codificó la estética contemporánea e influyó en nuestra manera de vivir. Ni el siglo XX ni el actual han dado nada nuevo, sólo



han sido difusores de los hallazgos del XIX y de Baudelaire, sobre todo, que sigue teniendo la influencia de un coloso».

Publicado por primera vez hace ahora 750 años, *Las flores del mal* produjo un desenfreno de insultos y una condena judicial por ultraje a la moral pública. La edición fue secuestrada, el autor procesado y condenado a una multa de 300 francos y a suprimir seis de los poemas que exaltaban la desnudez femenina y las relaciones lésbicas. Precisamente el primer título en el que pensó el poeta para su obra fue *Las lesbianas*, luego se inclinó por titularla *Los limbos*. El título definitivo se lo propuso el periodista Hippolyte Babou y resumía una idea obsesiva de Baudelaire: consideraba que la naturaleza es fea y que la belleza sólo es una exudación del mal. La flor sólo es bella en su propia corrupción. «Soy incapaz», escribió, «de entermecerme ante los vegetales, nunca creeré que el alma de los dioses habite en las plantas, esas legumbres santificadas». Creía más bien que habitaba en los gatos extasiados encima de los pianos, con su ocio eterno y su enigmática tendencia a la voluptuosidad. La música que más le gustaba es «la que hace un felino colgado por el rabo fuera de una ventana intentando romper los cristales con las uñas». Por eso le gustaba Wagner.

Las flores del mal son la alquimia de lo bello y lo siniestro, un prodigioso equilibrio entre los cielos y los infiernos dantescos. Baudelaire fue un Dante sin la redención del purgatorio. El poeta ecuatoriano Mario Campaña, autor de una reciente biografía de Baudelaire, asegura que «Las flores del mal inventan la poesía moderna, es decir, urbana, irónica, descreída, pegada a la vida y al margen de Dios, de la historia y de la naturaleza. Desgarrado entre la sensualidad y el espiritualismo, este libro es un buen retrato de la primera mitad del siglo XIX, una época que nos ha hecho como somos». En *Juego sin triunfos*, Campaña desmiente los tópicos que han escotado al maldito que se jactaba de haber descuartizado a su padrastro o de tener especial predilección por las prostitutas monstruosas, el opio y la absenta.

Ultraje a la moral. Tenía el poeta 24 años cuando *La Revue des Deux Mondes* publicó, bajo el título de *Las flores del mal*, 78 poemas. Doce años después, el 23 de junio de 1857, salió la primera edición íntegra con 754 poemas, una tirada de 7.300 ejemplares y una dedicatoria a Théophile Gautier. Pocos días después un artículo de *Le Figaro* firmado por el crítico Borudin denunciaba su «inmoralidad» y las autoridades del Segundo Imperio reaccionaban con el secuestro por ultraje a la moral. El fiscal Ernest Pinard, que ya había actuado contra la *Madame Bovary* de Flaubert, inicia un procedimiento contra el autor y los editores.

En un informe de la Dirección General de Seguridad Pública del Ministerio del Interior se lee: «Las flores del mal constituyen un reto lanzado contra las leyes que protegen la religión y la moral». Tamaña hipocresía en un Imperio detentado por el gran comediante Napoleón III, le recordó a Baudelaire a la puta de cinco francos Louise Villedieu, que en el Louvre se sonrojaba y apartaba la mirada de las estatuas y cuadros inmortales preguntándose cómo se podían exhibir tales indecencias.

Tras la condena por el Tribunal Correccional, Victor Hugo se solidariza con el poeta. «Sus flores del mal», le dice, «brillan y resplandecen como estrellas». Baudelaire escribe a la emperatriz para solicitar una reducción en la multa y por intercesión de Eugenia de Montijo, la pena queda en 50 francos. Tendría que pasar casi un siglo para que, el 30 de mayo de 1949, el Tribunal Supremo rehabilitara al poeta.

La figura ambivalente de la mujer atraviesa las páginas de *Las flores del mal*. Sus referencias literarias son la hechicera Circe que encantó a Ulises, la Venus del amor, la Cibeles de la fecundidad, Elvira, la última esposa de Don Juan o la Lady Macbeth de Shakespeare. Las referencias reales son tres de sus amantes: Jeanne Duval, Apollonie Sabatier y Marie Daubrun.

Cuando, llegado a la mayoría de edad, recibió los 75.000 francos de la herencia de su padre, se instaló en el número 79 del quai de Voltaire decidido a convertirse en un dandy, en un tipo sublime condenado a vivir y a dormir ante un espejo. Fue entonces cuando conoció a la citada Jeanne Duval, una actriz mulata que representaba un papel menor en un vodevil del teatro Parthénon. En ella se inspira para los poemas del 22 al 39.

Jeanne Duval, cuyo verdadero nombre era Jeanne Lemer, tenía un físico triunfal y lo que Baudelaire llamaba «senos pugnaces». Era pródiga, mentirosa, alcohólica e ignorante. Este retrato poco halagador confirmaría la predilección del poeta por las mujeres tontas. Creía que envejecían bien, que la estupidez demoraba las arrugas y era la mejor cosmética. Su relación con Jeanne duró 74 años de tormentas e intermitencias. Los poemas del 40 al 48 componen un ciclo que corresponde a Apollonie Sabatier. Fastuosamente mantenida por el hijo de un banquero, recibía a artistas y escritores en su casa de la plaza Pigalle. Quienes la conocieron resaltaban tres virtudes: belleza, bondad y simpatía. Cuando cedió al acoso del poeta, a Baudelaire se le cayó del pedestal y le escribió: «Hace unos días eras una diosa, ahora eres sólo una mujer».

Su bálsamo de amor. Se inspira en la actriz Marie Daubrun en los poemas del 49 al 58. El poeta la llama «la mujer de los ojos verdes» y en ella buscó bálsamo y olvido para sus anteriores tormentos amorosos. Encarna en su obra, tal vez también en su vida, al doble, al cómplice, a la hermana. Hay también en el libro algunas heroínas secundarias: Elisa Nerí, una tal Agathe, una tal Francisca, una tal Marguerite y una dama criolla.

Todas estas mujeres se pueden resumir en dos: la Duval, su Venus negra y sensual, y la Sabatier, su musa espiritual, su amor místico. Cuando Jeanne lo atrae hacia el abismo de la carne, Apollonie lo salva por su virtud. Una es negra, la otra, en cambio, blanca. En esa ambivalencia se conmovió Baudelaire como un pecador con la carga de su culpa. A todas las amó y con todas construyó tanto la biografía de su corazón como el desconcierto de su alma escindida entre el pecado y la culpa. Cuando Jeanne Duval enfermó y envejeció prematuramente, el poeta se ocupó de ella hasta el último aliento con abnegación conmovedora.

Él mismo estaba seriamente enfermo, sufría trastornos nerviosos y dolores musculares, recurría a cápsulas de éter para combatir el asma y al opio para los cólicos. La sífilis amargaba su carácter y le producía ataques reumáticos. Incluso en su correspondencia expresaba el deseo de suicidarse. Tenía entonces 37 años. Había publicado varias traducciones de Edgar Allan Poe y trabajaba en la redacción de *Los paraísos artificiales*. Acosado por los acreedores, vivía casi a escondidas y se veía obligado a cambiar continuamente de domicilio. Sufre su primer ataque cerebral y se instala en Neully con Jeanne Duval, que ha quedado hemipléjica. Combate las dolencias de sus ojos, sus neuralgias y desarreglos estomacales con una farmacopea voluntarista que él mismo se receta: digital, quinina y belladona. Encerrado en sí mismo, cata la auténtica dimensión de su fracaso en una soledad absoluta. Sufre un ataque de hemiplejía y se queda mudo y paralítico. Así pasó el último año de su vida. Había constatado que era de aquellos a los que no ama el mundo, había profetizado que era uno de aquellos a los que se llora después.

Tenía 46 años cuando lo enterraron en el cementerio de Montparnasse. Allí yace el padre de la poesía moderna, el precursor del simbolismo, el inspirador del surrealismo y el autor de las flores más tiernas y atroces del jardín universal de los versos. Comparte tumba con su madre y su padrastro. Nadie escapa a sus padrastrós. «Gracias a que su paladar fue tan humano, gracias a que supo a lo que sabía todo vino, el vino del solitario y el vino de los amantes, bebe ahora tranquilo y sin su rictus fatal el vino de la inmortalidad», escribió Gómez de la Serna.

VERSOS CENSURADOS

Selección de algunas estrofas de 'Las flores del mal', por los que fue condenado y la edición secuestrada

LESBOS

¿Quién entre los Dioses osará, Lesbos, ser tu juez / y condenar tu frente pálida de extravíos, / si sus balanzas de oro no han pesado el diluvio / de lágrimas que al mar han vertido tus arroyos? / ¿Quién entre los dioses osará, Lesbos, ser tu juez?

¿Qué quieren de nosotros las leyes de lo justo y de lo injusto? / ¡Virgenes de corazón sublime, honor del archipiélago, / vuestra religión como otra cualquiera es augusta, / y el amor se reirá del Infierno y del Cielo!

LAS JOYAS

Con los ojos en mí, cual tigre domado, / con aire vago y soñador ensayaba posturas, / y el candor unido a la lubricidad / añadía un nuevo encanto a sus metamorfosis;

y sus brazos y sus piernas, y sus muslos y sus caderas, / como el aceite pulidos, ondulantes como un cisne, / pasaban ante mis ojos clarividentes y serenos; / y su vientre y sus senos, esos racimos de mi vid, / avanzaban, más zalameros que los Ángeles del mal.

MUJERES CONDENADAS DELFINA E HIPÓLITA

Tendida a sus pies, tranquila y llena de gozo, / Delfina la cobijaba con ardientes miradas, / como una bestia fuerte vigilando su presa, / luego de haberla, desde luego, marcado con sus dientes.

Siento fundirse sobre mí pesados terrores / y negros batallones de fantasmas esparcidos, / que quieren conducirme por caminos movedizos / que un horizonte sangriento cierra por doquier.

+ Para celebrar el 150 aniversario de "Las flores del mal", Nórdica Libros publica por primera vez en España una edición ilustrada. www.nordicalibros.com

[Anuncios Google](#)

© Mundinteractivos, S.A. Política de privacidad